

Zygmunt
Bauman

TIEMPOS LÍQUIDOS

Vivir en una época
de incertidumbre

TUSQUETS
EDITORES



Zygmunt Bauman
TIEMPOS LÍQUIDOS
Vivir en una época de incertidumbre

Traducción de Carmen Corral

Título original: *Liquid Times. Living in an Age of Uncertainty*

1.ª edición: noviembre de 2007

1.ª edición en esta presentación: febrero de 2022

© 2007, Gius. Laterza & Figli, Todos los derechos reservados

© de la traducción: Carmen Corral Santos, 2007
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-074-4
Depósito legal: B. 668-2022
Impreso por Liberdúplex, S. L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Introducción: Con coraje hacia el foco de las incertidumbres	9
1. La vida líquida moderna y sus miedos	15
2. La humanidad en movimiento	47
3. El Estado, la democracia y la gestión de los miedos	85
4. Separados, pero juntos	107
5. La utopía en la época de la incertidumbre.	137
Apéndices	
Notas	163
Índice onomástico.	171

La vida líquida moderna y sus miedos

«Si quieres paz, preocúpate por la justicia», aseveraba la sabiduría antigua, y, a diferencia del conocimiento, la *sabiduría* no envejece. Hoy, igual que hace dos mil años, la ausencia de justicia obstruye el camino hacia la paz. Las cosas no han cambiado. Aquello que sí ha cambiado es que ahora la «justicia», a la inversa de los tiempos antiguos, es una cuestión planetaria, que se mide y se valora mediante comparaciones planetarias; y ello se debe a dos razones.

La primera es que, en un planeta atravesado en todas direcciones por «autopistas de la información», nada de lo que ocurra en alguna parte puede, al menos potencialmente, permanecer en un «afuera» *intelectual*. No hay una *terra nulla*, no hay zonas en blanco en el mapa mental, tierras y pueblos ignotos, menos aún incognoscibles. El sufrimiento humano de lugares lejanos y modos de vida remotos, así como el despilfarro de otros lugares y modos de vida también remotos, entran en nuestras casas a través de las imágenes electrónicas de una manera tan vívida y atroz, de forma tan vergonzosa o humillante, como la miseria y la ostentación de los seres humanos que encontramos cerca de casa durante nuestros paseos cotidianos por las

calles de la ciudad. Las injusticias, a partir de las cuales se conforman los modelos de justicia, ya no permanecen circunscritas a la vecindad inmediata, no hay necesidad de ir a buscarlas en la «privación relativa» o en «diferenciales salariales» al establecer comparaciones con los vecinos de la puerta de al lado, o con los amigos cercanos en el ránking social.

La segunda razón es que, en un planeta abierto a la libre circulación del capital y de las mercancías, cualquier cosa que ocurra en un lugar repercute sobre el modo en que la gente vive, espera vivir o supone que se vive en otros lugares. Nada puede considerarse de veras que permanezca en un «afuera» *material*. Nada es del todo indiferente, nada puede permanecer por mucho tiempo indiferente a cualquier otra cosa, nada permanece intacto y sin contacto. El bienestar de un lugar repercute en el sufrimiento de otro. En la sucinta expresión de Milan Kundera, una «unidad de la humanidad» como la que ha generado la globalización significa sobre todo que «nadie puede escapar a ninguna parte».¹

Como señaló Jacques Attali en *La Voie humaine*,² en solo 22 países (en los que se acumula apenas el 14 por ciento de la población humana total) se concentra la mitad del comercio mundial y más de la mitad de las inversiones globales, mientras que los 49 países más pobres (en los que habita el 11 por ciento de la población mundial) reciben en conjunto solo el 0,5 por ciento de la producción global, casi lo mismo que los ingresos de los tres hombres más ricos del planeta. El 90 por ciento de la riqueza total del planeta está en manos de solo el uno por ciento de sus habitantes.

Y no se distinguen en el horizonte escolleras que puedan detener la marea global de la polarización de las ganancias, que continúa creciendo de manera amenazadora.

Las presiones dedicadas a hundir y dismantelar las fronteras, llamadas comúnmente «globalización», han resultado efectivas con escasas excepciones, ahora en trance de desaparecer; todas las sociedades se encuentran completa y verdaderamente abiertas de par en par, desde un punto de vista material e intelectual. Si se suman ambos tipos de «apertura» —la intelectual y la material—, se advierte por qué cualquier daño, penuria relativa o indiferencia tramada dondequiera que sea culmina con el insulto de la injusticia: el sentimiento del daño que se ha infligido, del daño que clama por ser reparado, pero que, en primer lugar, obliga a las víctimas a vengarse de sus adversidades...

La «apertura» de la sociedad abierta ha adquirido un nuevo matiz, con el que Karl Popper, que acuñó la expresión, jamás soñó. Ahora igual que antes, remite a una sociedad que se sabe incompleta con toda franqueza y, por tanto, ansía ocuparse de las propias posibilidades, todavía no intuitas ni mucho menos exploradas; pero señala también una sociedad impotente como nunca para decidir su curso con un mínimo grado de certeza, y para mantener el rumbo escogido una vez tomada la decisión. Producto precioso en su momento, aunque frágil, de la valerosa y estresante *autoafirmación*, el atributo de la «apertura» casi siempre se asocia en nuestros días a un *destino* inexorable; con los efectos secundarios, imprevistos y no

planeados, de la «globalización negativa»: una globalización altamente selectiva del comercio y el capital, la vigilancia y la información, la coacción y el armamento, la delincuencia y el terrorismo, todos ellos elementos que rechazan de plano el principio de soberanía territorial y no respetan ninguna frontera estatal. Una sociedad «abierta» es una sociedad expuesta a los golpes del «destino».

Si en un principio la idea de una «sociedad abierta» representó la autodeterminación de una sociedad libre orgullosa de su apertura, hoy evoca la experiencia aterradora de una población heterónoma, desventurada y vulnerable, abrumada por (y quizá supeditada a) fuerzas que ni controla ni entiende del todo; una población aterrorizada por su misma indefensión y obsesionada con la eficacia de sus fronteras y la seguridad de la población que habita dentro de ellas, puesto que son precisamente esa impermeabilidad fronteriza y esa seguridad de la vida en el interior las que eluden su control y parecen destinadas a quedar fuera de su alcance mientras el planeta continúe sometido a una globalización exclusivamente *negativa*. En un planeta globalizado negativamente es imposible obtener (y menos aún garantizar) la seguridad de un solo país o de un grupo determinado de países: no, al menos, por sus propios medios y prescindiendo de lo que acontece en el resto del mundo.

Tampoco así se puede obtener o garantizar la justicia, condición preliminar de una paz duradera. La «apertura» perversa de las sociedades que promueve la globalización negativa es, por sí sola, causa de injusticias y, de modo indirecto, de conflictos y violen-

cia. Como señala Arundhati Roy, «mientras la élite viaja a su destino imaginario, situado en algún lugar cercano a la cima del mundo, los pobres han quedado atrapados en una espiral de delincuencia y caos». ³ Las acciones del Gobierno de Estados Unidos, dice Roy, y de sus diversos satélites, apenas camuflados como «instituciones internacionales» —el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio—, conllevan, como «peligrosos subproductos», «el nacionalismo, el fanatismo religioso, el fascismo y, por supuesto, el terrorismo, que avanzan de la mano con el progreso de la globalización liberal».

El «mercado sin fronteras» es una receta perfecta para la injusticia y para el nuevo desorden mundial que invierte la célebre fórmula de Clausewitz, de tal modo que ahora le toca el turno a la política de convertirse en una continuación de la guerra por otros medios. La liberalización, que desemboca en la anarquía global, y la violencia armada se nutren entre sí, se refuerzan y revigorizan recíprocamente; como advierte otra vieja máxima, *inter arma silent leges* (cuando hablan las armas, callan las leyes).

Antes de enviar tropas a Iraq, Donald Rumsfeld declaró que «la guerra se habrá ganado cuando los estadounidenses vuelvan a sentirse seguros». ⁴ Desde entonces, George W. Bush ha repetido este mensaje día tras día. Pero el envío de soldados a Iraq elevó el miedo a la inseguridad a nuevas cotas, y continúa haciéndolo, tanto en Estados Unidos como en otras partes.

Como era de prever, la sensación de inseguridad no fue la única víctima del daño colateral de la guerra.